

VIA LUCIS EN HONOR DEL SANTO CRISTO DE SANTIAGO

Por Juan Segura Ferrer, en el 25 aniversario de su Ordenación Sacerdotal

Parroquia de Cariñena, del 10 al 19 de junio de 2011



DÍA PRIMERO:

LAS MUJERES Y EL SEPULCRO VACÍO. Mt 28, 8-15

1 Pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana, vinieron María Magdalena y la otra María, a ver el sepulcro. ² Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. ³ Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. ⁴ Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos. ⁵ Mas el ángel, respondiendo, dijo a las mujeres: No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. ⁶ No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el

lugar donde fue puesto el Señor. ⁷ E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos, y he aquí va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. He aquí, os lo he dicho. ⁸ Entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos. Y mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, ⁹ he aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron. ¹⁰ Entonces Jesús les dijo: No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán.

11 Mientras ellas iban, he aquí unos de la guardia fueron a la ciudad, y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido. ¹² Y reunidos con los ancianos, y habido consejo, dieron mucho dinero a los soldados, ¹³ diciendo: Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos. ¹⁴ Y si esto lo oyere el gobernador, nosotros le persuadiremos, y os pondremos a salvo. ¹⁵ Y ellos, tomando el dinero, hicieron como se les había instruido. Este dicho se ha divulgado entre los judíos hasta el día de hoy.

Después de haber pasado el sábado desde que crucificaran a Jesús, van las mujeres al sepulcro para embalsamar el cuerpo del Señor, pues la caída del sol el viernes les impidió realizar trabajo alguno después de la sepultura.

La sorpresa llega cuando llegan hasta el sepulcro. Un ángel mueve la piedra y les explica lo que ha sucedido: "HA RESUCITADO". Y les invita a entrar y comprobar que el cuerpo no está donde lo habían puesto. La guardia ha caído sumida en la inconsciencia. Sólo las mujeres escuchan la explicación del ángel. La blancura es característica de la santidad. El ángel les emplaza a comunicar la Buena Noticia a los discípulos. Es el mayor reconocimiento que los evangelios hacen de la mujer: Dejar el testimonio de la Resurrección en labios de las mujeres, siendo que en esa sociedad su testimonio no era válido ante un tribunal. Un paso más: Hay una cita con el Resucitado en Galilea. Allí deben acudir para encontrarse con él.

Pero, yendo de camino, el propio Jesús les sale al encuentro y ellas le adoran. En su conversación vuelve a repetirles lo mismo que el ángel les había encargado.

La Resurrección es una sorpresa para la comunidad de los que seguían a Jesús. Él la había anunciado en repetidas ocasiones, pero lo que habían visto con sus propios ojos había apagado la esperanza, había ahogado su fe. Después de embalsamado y tras haber pasado tres días, el hebreo consideraba ya la muerte definitiva. Las mujeres fueron a dar validez definitiva a la muerte del Maestro. Los discípulos se habían dado por vencidos. Sin embargo, Dios intervino como lo había anunciado. Lo que la razón y los sentidos imponían como su verdad no era, en absoluto, la verdad de Dios. Ésta se impone sobre la otra.

Confiado siempre en la intervención de Dios, habremos de confiar en Él y no dejarnos llevar a ultranza por lo que nuestra razón y nuestros sentidos nos dictan. No olvidemos que un gran pensador ya afirmaba que "lo esencial es invisible a los ojos".

-Señor, gracias por tu resurrección. Trae signos de vida y de esperanza a todo el que sufre en nuestra sociedad. Auxilia a todo el que lo necesita y, sobre todo, ayúdanos a no perder nunca la fe y la esperanza en ti. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

DÍA SEGUNDO:

APARICIÓN A MARÍA MAGDALENA. Jn 20, 11-18

11 María se quedó fuera, junto al sepulcro, llorando. Y llorando como estaba, se agachó a mirar dentro 12 y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y el otro a los pies. 13 Los ángeles le preguntaron:

–Mujer, ¿por qué lloras?

Ella les dijo:

–Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.

14 Apenas dicho esto, volvió la cara y vio allí a Jesús, aunque no sabía que fuera él. 15 Jesús le preguntó:

–Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?

Ella, pensando que era el que cuidaba el huerto, le dijo:

–Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto, para que yo vaya a buscarlo.

16 Jesús entonces le dijo:

–¡María!

Ella se volvió y le respondió en hebreo:

–¡Raboni! (que quiere decir “Maestro”).

17 Jesús le dijo:

–Suéltame, porque todavía no he ido a reunirme con mi Padre. Pero ve y di a mis hermanos *f* que voy a reunirme con el que es mi Padre y vuestro Padre, *g* mi Dios y vuestro Dios.

18 Entonces fue María Magdalena y contó a los discípulos que había visto al Señor, y también lo que él le había dicho.

El evangelio de San Juan recoge este relato de aparición personal de Jesús a María Magdalena. Es la mañana del día de Pascua. En el museo del Prado, en Madrid, se puede contemplar la escena inmortalizada por Correggio y cuya copia podemos ver también en la exposición de los cuadros de Nieves. Seguramente, la mujer de Magdala fue un personaje importante para la comunidad del discípulo amado.

Igual que en el relato que veíamos ayer, primero son unos ángeles los que se dirigen a la mujer en el sepulcro vacío; pero esta vez no hay anuncio de la Resurrección. Sólo la pregunta “¿Por qué lloras?” El anuncio es implícito pero no explícito, pues ella descubre la resurrección cuando conoce a Jesús, que ha salido a su encuentro. En un primer momento no se da cuenta de quién es y le confunde con el hortelano. Cuando el Resucitado pronuncia su nombre al modo de llamada, es cuando ella se da cuenta con

quién habla y qué es lo que ha ocurrido: **JESÚS HA RESUCITADO**. María se dirige a él como discípula, llamándolo "Maestro". Su primer impulso, llevada por la alegría, es retener a Jesús, poseerlo, querer que se quede con ella. Jesús tiene que ordenarle que le suelte y le anuncia que se dirige al Padre.

También Magdalena va a ser misionera, pues también a ella se le ha confiado que vaya a llevar a los discípulos el anuncio de la Resurrección. De nuevo, Jesús otorga la mayor dignidad a la mujer confiando a ella el testimonio de la Resurrección.

Cristo resucitado sale cada día, cada momento, a nuestro encuentro. Como a María, nos llama por nuestro nombre. Se manifiesta a nosotros y nos pide que seamos sus testigos en el mundo, que anunciemos la alegría de la Buena Noticia a las gentes de nuestro tiempo. Si el discípulo de Jesús no lo da a conocer en nuestro mundo, nadie entonces lo hará. Para eso será necesaria la humildad del discípulo, del que está en disposición de aprender todos los días de Aquél que es su guía y maestro.

Concédenos, Señor, una vida acorde a tu voluntad. Sal todos los días a nuestro encuentro; llámanos por nuestro nombre y danos fuerzas para poder hablar de ti, con nuestras palabras y con nuestras actitudes, a la gente de nuestro tiempo. Tú, que vives y reinas, glorioso, por los siglos de los siglos. Amén.

DÍA TERCERO:

CAMINO DE EMAÚS Y VUELTA. Lc 24, 13-35

[13]Aquel mismo día, dos de ellos iban a una aldea llamada Emaús, distante a unas dos leguas de Jerusalén.[14]Iban comentando todo lo sucedido.
[15]Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona los alcanzó y se puso a caminar con ellos.[16]Pero ellos tenían los ojos incapacitados para reconocerlo.[17]Él les preguntó: ---¿De qué vais conversando por el camino? Ellos se detuvieron con semblante afligido,[18]y uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: ---¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que desconoce lo que ha sucedido allí estos días?[19]Jesús preguntó: ---¿Qué cosa? Le contestaron: ---Lo de Jesús de Nazaret, que era un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo.[20]Los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron.[21]iNosotros esperábamos que él fuera el liberador de Israel!, pero ya hace tres días que sucedió todo esto.[22]Es verdad que unas mujeres de nuestro grupo nos han alarmado; ellas fueron de madrugada al sepulcro,[23]y al no encontrar el cadáver, volvieron diciendo que se les habían aparecido unos ángeles asegurándoles que él está vivo.[24]También algunos de los nuestros fueron al sepulcro y encontraron todo como habían contado las mujeres; pero a él no lo vieron.[25]Jesús les dijo: ---iQué necios y torpes para creer cuanto dijeron los profetas![26]¿No tenía que padecer eso el Mesías para entrar en su gloria?
[27]Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que en toda la Escritura se refería a él.[28]Se acercaban a la aldea adonde se dirigían, y él fingió seguir adelante.[29]Pero ellos le insistieron: ---Quédate con nosotros, que se hace tarde y el día va de caída. Entró para quedarse con ellos;[30]y, mientras estaba con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio.[31]Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista.[32]Se dijeron uno al otro: ---¿No se abrasaba nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba la Escritura?[33]Al punto se levantaron, volvieron a Jerusalén y encontraron a los Once con los demás compañeros,[34]que decían: ---Realmente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.[35]Ellos por su parte contaron lo que les había sucedido en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

¡Qué hermosa narración la del encuentro de los discípulos de Emaús con Jesús! Cuántas verdades encierra en sus palabras. El propio día de Pascua, los de Emaús han oído el testimonio de las mujeres, pero no han creído en la resurrección de Jesús. Teniendo por definitiva su muerte, se lamentan de que todo haya quedado en nada y regresan a sus tareas anteriores a cuando conocieron al Maestro. Todas las esperanzas que habían puesto en él habían quedado definitivamente truncadas.

No reconocen quién es, pero un peregrino inesperado se hace el contradizo con ellos y les acompaña. Ellos comienzan hablando, pero acaban escuchando. El caminante les

explica las Escrituras y les muestra cómo los acontecimientos que acaban de ocurrir en Jerusalén –la muerte de Jesús– venían anunciados en los profetas. Aquellos hombres santos habían profetizado que el Mesías sería apresado, torturado y asesinado y que esa pasión y esa muerte serían el sacrificio que borraría el pecado del mundo. Los textos proféticos incluían el anuncio de que ese siervo de Dios recuperaría la vida, una vida de gloria. Sus corazones ardían por la forma de las explicaciones y por su contenido.

Llegados a su aldea, invitan al caminante a hospedarse con ellos. En el momento de la cena, en la forma de partir el pan, reconocen en él al Resucitado. ¡Era verdad! ¡HABÍA RESUCITADO! Es justo en el momento en que ya dejan de verle. Pero ese momento les ha vuelto a cambiar. Ahora harán el mismo recorrido, pero a la inversa. Pese a ser de noche, abandonan su casa, sus planes, su vida y vuelven a Jerusalén en busca de los discípulos, de la comunidad. La Resurrección del Señor les ha vuelto a convocar.

Cuánta gente de hoy va acompañada de Jesús y sus ojos no son capaces de reconocerlo. Están en búsqueda, son disconformes con el sistema de esta sociedad, desean una vida más justa, una vida mejor para más personas. Entre tanto desencanto, tanta crisis, tanto paro, tantos problemas, Jesús Resucitado sale a nuestro encuentro y nos vuelve a proponer su Palabra. Pero es, sobre todo, en el gesto de partir el pan donde se le reconoce. El que sigue a Jesús no puede prescindir de la Eucaristía, no puede prescindir de la solidaridad, del compartir, del amor que se da y se reparte como Jesús.

Ayuda, Señor, a todo el que te busca. Auxilia a todos tus discípulos de hoy para que nunca nos falte la Eucaristía, para que nuestros ojos sean capaces de reconocerte a nuestro lado, para que arda nuestro corazón al escuchar tu palabra. Da a tus hijos los bienes temporales necesarios y el hambre de los bienes espirituales. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

DÍA CUARTO:

LA DUDA Y LA CONFESIÓN DE TOMÁS

[19]Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Llegó Jesús, se colocó en medio y les dice: ---Paz con vosotros.[20]Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor.[21]Jesús repitió: ---Paz con vosotros. Como el Padre me envió, así yo os envío a vosotros.[22]Dicho esto, sopló sobre ellos y añadió: ---Recibid el Espíritu Santo.[23]A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los mantengáis les quedan mantenidos.[24]Tomás, que significa Mellizo, uno de los Doce, no estaba con ellos cuando vino Jesús.[25]Los otros discípulos le decían: ---Hemos visto al Señor. Él replicó: ---Si no veo en sus manos la marca de los clavos y no meto el dedo por el agujero, si no meto la mano por su costado, no creeré.[26]A los ocho días estaban de nuevo dentro los discípulos y Tomás con ellos. Vino Jesús a puertas cerradas, se colocó en medio y les dijo: ---Paz con vosotros.[27]Después dice a Tomás: ---Mete aquí el dedo y mira mis manos; trae la mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, antes cree.[28]Le contestó Tomás: ---Señor mío y Dios mío.[29]Le dice Jesús: ---Porque me has visto, has creído; dichosos los que crean sin haber visto.[30]Otras muchas señales hizo Jesús en presencia de sus discípulos que no están consignadas en este libro.[31]Éstas quedan escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida por medio de él.

Éste es otro de los más conocidos episodios a propósito de la Resurrección de Jesús y de sus apariciones. El mismo día de Pasua Jesús se aparece ante los discípulos asustados y encerrados. La muerte de Jesús les había llenado de miedo, de tal forma que no se atrevían ni a salir; sabían que también ellos podían ser apresados. Ya la presencia de Jesús los llena de inmensa alegría. Pero Jesús entonces cumple su gran promesa: mediante un soplo, les da el Espíritu Santo y eso los va a transformar. La comunidad de discípulos dará su testimonio del Resucitado a Tomás, ausente en ese momento. Sin embargo, Tomás no va a dar crédito a lo que sus compañeros le cuentan. Él no ha visto a Jesús; pero tampoco ha recibido el Espíritu Santo, pues estaba ausente. A causa de ello, lleva el tema de la resurrección al campo de lo racional, de los sentidos, de lo físico: quiere ver, quiere tocar, meter su dedo en las llagas... Todo eso dice que necesita para creer.

El domingo siguiente, Jesús va a ir en busca de Tomás. Quiere recuperarlo. Se deja ver por él y le invita a tocarlo. Tomás se ve avergonzado y pronuncia su gran confesión: "Señor mío y Dios mío". Jesús proclama que, desde entonces, ya no se creará por las apariciones, sino por el testimonio de la comunidad. La Resurrección de Jesús se cree por la fe, se siente en la experiencia y en lo íntimo de la persona. Sale del campo de lo físico y de lo racional para entrar en todas esas cuestiones que se sienten pero no se ven, como el amor, la inteligencia, la compasión, el perdón, la amistad. Todas se sienten y existen, pero ninguna se ve. Lo mismo la fe en Jesús y en su Resurrección.

Mucha gente pide ver a Dios. Se multiplica la audiencia de las personas que dicen que han visto a la Virgen, al Señor, a los santos... La pregunta sobre la existencia de Dios ante el mal, ante la muerte, ante las catástrofes naturales son también un grito desgarrado que desea palpar físicamente lo que se da en el plano de lo trascendente. Y, como Tomás, les parece insuficiente el testimonio de otros, a los que acusan también de no haberlo visto jamás. Dos novios se casan y nunca han visto su amor; no saben de qué color es ni pueden tocarlo con la mano ni encerrarlo en un frasco ni pesarlo en una balanza. Pero existe. Y es que no sólo existe lo que es físico o racional.

Señor, que sepamos creer en ti; dar crédito al testimonio que hemos recibido de otros sobre ti; que sepamos confesarte, igual que Tomás, como Señor y Dios nuestro; que tu Espíritu Santo viva en nosotros para que seamos dóciles a ti, capaces de tu confianza y apóstoles en nuestro mundo. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

DÍA QUINTO:

LA PESCA MILAGROSA. Jn 21, 1-8

[1]Después Jesús se apareció de nuevo a los discípulos junto al lago de Tiberiades. Se apareció así:[2]Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos. [3]Les dice Simón Pedro: ---Voy a pescar. Le responden: ---Vamos contigo. Salieron, pues, y montaron en la barca; pero aquella noche no pescaron nada. [4]Ya de mañana Jesús estaba en la playa; pero los discípulos no reconocieron que era Jesús.[5]Les dice Jesús: ---Muchachos, ¿tenéis algo de comer? Ellos contestaron: ---No.[6]Les dijo: ---Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. La echaron y no podían arrastrarla por la abundancia de peces. [7]El discípulo predilecto de Jesús dice a Pedro: ---Es el Señor. Al oír Pedro que era el Señor, se ciñó un blusón, pues no llevaba otra cosa, y se tiró al agua. [8]Los demás discípulos se acercaron en el bote, arrastrando la red con los peces, pues no estaban lejos de la orilla, apenas doscientos codos.

En este relato de aparición se traslada ya el escenario: pasamos de Jerusalén a Galilea. Los textos del sepulcro vacío convocan a los discípulos en Galilea para ver a Jesús resucitado. La pesca milagrosa tiene lugar en el Lago de Galilea, también conocido por "Lago de Tiberiades" o "Lago de Genesaret".

Se nos presenta a un grupo de discípulos que es representativo de la totalidad de la comunidad, pues se mencionan a algunos de los doce y también a otros dos discípulos anónimos. Han pasado la noche intentando pescar y, ya al amanecer, sienten la bofetada del trabajo perdido, del fracaso en el intento. El Resucitado habla con ellos y les invita a regresar al agua y a echar la red de una forma determinada. El resultado es inmejorable: en una sola redada han obtenido el fruto que les habría llevado la noche entera, incluso más. Por ellos mismos no han conseguido nada; con Jesús, el trabajo obtiene su fruto.

Los discípulos están a su antigua faena pero no son los mismos cuatro pescadores que Jesús llamó a orillas del Lago. El grupo ha aumentado, es más numeroso. Es la comunidad de la Pascua, que espera encontrarse con su Señor glorificado.

Muchos especialistas en el estudio de la Biblia han visto en este relato una alegoría de la Iglesia y de la misión a ella confiada. Jesús había dicho a los pescadores de Galilea que les iba a hacer "pescadores de hombres". En la misión hemos de poner todo nuestro trabajo y nuestro esfuerzo. Sin embargo, la tarea quedará baldía si confiamos en nuestras solas fuerzas, si perdemos de vista que estamos trabajando para Jesús. Nuestro trabajo sólo dará su fruto si Jesús viene con nosotros, si hacemos las cosas como Jesús nos pide.

Al principio del encuentro, como suele suceder en los relatos de aparición, Jesús es visto per o no es reconocido. El discípulo preferido reconoce quién es Jesús después de ver la pesca milagrosa y se lo comunica a Pedro. Él, intrépido y espontáneo, se tira al agua para ir al encuentro de Jesús: "Es el Señor".

Señor Jesús, ayuda a tus discípulos de hoy a llevar adelante tu misión. Que seamos obedientes a tus instrucciones, a tu palabra. Que sepamos en todo momento que estamos trabajando para ti y no para nosotros. Que seamos, en verdad, la comunidad de la Pascua, que camina en este tiempo concreto en cualquier lugar del mundo. Te lo pedimos a ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

DÍA SEXTO:

ALMUERZO EN EL LAGO. Jn 21, 9-14

[9] Cuando saltaron a tierra, ven unas brasas preparadas y encima pescado y pan. [10] Les dice Jesús: ---Ahora, traed algo de lo que habéis pescado. [11] Pedro subió a la barca y arrastró hasta la playa la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aunque eran tantos, la red no se rompió. [12] Les dice Jesús: ---Venid a almorzar. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían que era el Señor. [13] Jesús se acercó, tomó pan y se lo repartió e hizo lo mismo con el pescado. [14] Ésta fue la tercera aparición de Jesús, ya resucitado, a sus discípulos.

El texto que vemos hoy es continuación del que narraba ayer la pesca milagrosa. En tierra, Jesús resucitado prepara un almuerzo en el Lago. Es un acontecimiento curioso que llama profundamente la atención. No parece muy razonable que el Jesús glorioso se esté encargando de la intendencia para los pescadores. Primero, hacer la hoguera y tener a punto las brasas. Segundo, ¿de dónde ha sacado el pan en plena playa del Lago? Tercero, ¿por qué tiene ya pescado y vuelve a pedir pescado? ¿En verdad Jesús se ocupa de las tareas logísticas?

Naturalmente, todos estos detalles nos están mostrando algo más trascendente que lo que se ve pura y llanamente. Por una parte, el Resucitado se está encargando de las tareas propias del servidor, del criado. Si en su despedida ocupó el lugar del esclavo en el lavatorio de los pies, según el relato de San Juan, ahora, también resucitado, Jesús continúa sirviendo a pesar de haber sido constituido Señor mediante su glorificación. Por otro lado, Jesús procura el alimento. Ocupa el lugar de la madre, que da de comer a sus crías. La comunidad de discípulos es todavía incipiente. Son como los recién nacidos cuya madre corre a su encuentro para procurarles alimento.

El alimento que les procura a sus nuevas criaturas es pan y peces. ¿Cómo no evocar el capítulo sexto en la multiplicación de los panes y los peces? En aquella ocasión, Juan interpreta el acontecimiento como verdadera institución de la Eucaristía. En él está ausente la consagración del vino porque Jesús ya se había entregado en el vino del

relato de las bodas de Caná, en el capítulo dos. Ahora, resucitado, Jesús vuelve a celebrar la Eucaristía con los discípulos. Recordemos que ese grupo representaba la totalidad de los discípulos: algunos de los doce y dos discípulos anónimos. No olvidemos tampoco que el cuarto evangelio es ya del siglo segundo y que, desde años atrás, la figura del pez era la forma de identificarse los cristianos unos con otros para no ser reconocidos por las autoridades y por los que podrían delatarlos, pues vivían en la clandestinidad. El autor del evangelio vuelca, pues, en el relato el signo clandestino junto al signo del pan de la Eucaristía. En realidad, ambos signos representaban, igualmente, a las primeras comunidades cristianas. La participación en la Eucaristía no es un asunto banal ni algo ocasional o que sea indiferente participar o no. La Eucaristía es signo de identidad del cristiano. El cristiano se reconoce en que se deja alimentar por Jesús en el banquete de la Eucaristía.

Señor, que los cristianos de hoy valoremos la celebración eucarística como lo que es: aquello que nos identifica. Que dejemos que tú nos sirvas el alimento de esta vida y de la vida eterna. Que adoremos tu presencia continuada en el pan eucarístico. Que los niños que reciben la primera comunión y los jóvenes que se acercan a la confirmación lo hagan con sinceridad de corazón, queriendo formar parte activa de la comunidad cristiana, queriendo ser tus discípulos y comprometiéndose a vivir en coherencia con lo que esos sacramentos expresan y significan. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

DÍA SÉPTIMO:

LA COMUNIDAD DE LA PASCUA. Jn 13, 16-20

[16]Os aseguro que el esclavo no es más que su señor, ni el enviado más que el que lo envía.[17]Si lo sabéis y lo cumplís, seréis dichosos.[18]No hablo de todos vosotros, pues sé a quiénes he escogido. Pero se ha de cumplir aquello de la Escritura: El que compartía mi pan me ha echado la zancadilla.[19]Os lo digo ahora, antes de que suceda, para que, cuando suceda, creáis que Yo soy. [20]Os lo aseguro: quien reciba al que yo envíe me recibe a mí, y quien me recibe a mí recibe al que me envió.

Estas palabras están dentro del contexto de la última cena, inmediatamente después del lavatorio de los pies en el evangelio de Juan. Tras ponerse a la altura del esclavo y dar ejemplo de servicio a los discípulos, Jesús hace una descripción de la que va a ser la comunidad que surja después de su muerte y resurrección. Son pedazos de su realidad aplicados a la realidad de los discípulos y de la comunidad post-pascual.

El enviado no es más que el que lo envía. Jesús va a enviar a los discípulos a realizar la misión que él ha recibido del Padre. ¿Y qué le va a ocurrir de inmediato a Jesús? Lo van a apresar, a torturar y a ejecutar en la cruz. Esto es lo que le espera al discípulo. No debemos extrañarnos de que haya persecuciones, difamaciones, calumnias, acusaciones... Son la cruz de Jesús que se hace real en el discípulo. No debemos asustarnos porque en el discípulo haya soledad, desencanto, desánimo, abandono de los otros. Forma parte de la cruz. Tampoco debemos quejarnos de la carestía, de la pobreza, de la falta de apoyo moral en los hombres. Es la participación en la cruz de Jesús.

Pero aquí Jesús llega a ser más explícito; hay un traidor: "El que compartía mi pan me ha echado la zancadilla". Podemos tener traidores en nuestras comunidades. Traidores que comparten su pan; incluso que distribuyen su pan; incluso que consagran su pan. El traidor vende a Jesús. El traidor vende al discípulo, vende a la comunidad. Por dinero, por intereses personales, por ansias de protagonismo, por volcar sobre la Iglesia o los discípulos sus propias frustraciones. No, no debemos extrañarnos. Esto sucede realmente, pero el Señor nos lo avisó. Es la cruz. El verdadero discípulo está

donde está su maestro: en la cruz. Pero, pese a ello, no pierde la fe, ni la calma, ni la misericordia, ni la paz interior. No se escandaliza hasta el punto de renunciar. Sigue, continúa, pues sabe también que la cruz es causa de salvación y que, tras el dolor, aguarda la gloria, la resurrección. Los hay también que traicionan su fe para poder justificar sus conductas erradas, sus comportamientos paganos. Qué razón tiene aquel adagio que reza que "quien no vive como piensa, termina pensando como vive". Hay mucho de esta hipocresía en nuestra sociedad y en nuestra Iglesia de hoy.

"Quien reciba al que yo envíe, me recibe a mí". No lo puede decir más claro. El que lleva la Palabra de Jesús no es por iniciativa propia ni por elección propia; lo es porque el Señor lo ha elegido; lo es porque el Señor lo ha enviado. Y el Señor se identifica con aquellos que él envía. El que es enviado por él realiza la misma misión que él. Así, el mismo Señor se ve acogido cuando su enviado es acogido, y se ve rechazado cuando quien él ha enviado es rechazado. Grande responsabilidad, pues, la de las comunidades cristianas hacia sus pastores.

Señor Jesús: Te pedimos hoy por aquellos a los que tú elegiste y enviaste con tu propia misión. No te pedimos para que les ahorres las cruces, pero ponles cirreos en el camino que se la hagan más llevadera. No dejes de poner a su lado personas capaces de entenderles y comprenderles, un hombro en el que llorar, un corazón que se compadezca, un amigo que les escuche y que les apoye. Y, sobre todo, que tu acción les conforte para que no desfallezcan, para que no abandonen. Y, finalmente, transforma en gloria su sufrimiento y su cruz. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

DÍA OCTAVO:

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR. Lc 24, 46-53

[46]Y añadió: ---Así está escrito: que el Mesías tenía que padecer y resucitar de la muerte al tercer día;[47]que en su nombre se predicaría penitencia y perdón de pecados a todas las naciones, empezando por Jerusalén. [48]Vosotros sois testigos de ello.[49]Yo os envío lo que el Padre prometió. Por eso quedaos en la ciudad hasta que desde el cielo os revistan de fuerza. [50]Después los condujo [fuera,] hacia Betania y, alzando las manos, los bendijo.[51]Y, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. [52]Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén muy contentos.[53]Y pasaban el tiempo en el templo bendiciendo a Dios.

Después de su Resurrección, el Señor Jesús es llevado al cielo, junto al Padre. Es la plenitud de su glorificación. Jesús, la Palabra hecha carne, estaba junto a Dios ya en el principio, antes de la creación, antes de los siglos. Desde siempre, la Palabra era Dios y, en Dios, existían ella y el Espíritu. Al cumplirse la plenitud de los tiempos, Dios envió su Palabra al mundo, que, encarnándose, por obra del Espíritu Santo, en la Virgen María, adoptó nuestra humanidad con todas las consecuencias: sometándose a la temporalidad. La Palabra adoptó nuestra naturaleza, se hizo carne y acampó entre nosotros.

Jesús de Nazaret vivió y realizó una misión para la cual había sido enviado. Predicó la buena noticia del Reino al pueblo de Israel. Fundó una comunidad de discípulos, que le seguían a todas partes, que le seguían de cerca, que escuchaban sus enseñanzas en público y sus instrucciones particulares. Era gente sencilla, trabajadores, gente desencantada de la religión oficial que promovían los sumos sacerdotes del templo de Jerusalén. Eran personas que vivían en una esperanza en que las promesas de los antiguos profetas acerca de la venida de un enviado de Dios, Ungido por el Espíritu Santo, traería tiempos nuevos de paz y de justicia. Buscaban una autenticidad de vida que no veían en sus guías y pastores. Estaban, por tanto, especialmente abiertos para acoger la enseñanza de Jesús. Sus corazones no estaban previamente impermeabilizados a la renovación del judaísmo, como ocurría con los sacerdotes. Muchos de ellos habían sido ya discípulos del Bautista. Habían percibido que algo

diferente se estaba moviendo en torno a ese hombre a las orillas del Jordán y habían recibido su bautismo de penitencia. El propio Juan les señaló a Jesús como aquél al que debían seguir y escuchar. De hecho, los evangelistas ponen especial cuidado en hacernos entender que Jesús y Juan no predicaron a un tiempo, sino que Jesús entró en acción sólo cuando Juan ya había sido apresado.

Consecuencia de su enseñanza, de sus milagros, de su denuncia de la corrupción de los sacerdotes del templo, de su denuncia contra la secta de los fariseos, Jesús será llevado a la pasión y a la muerte. Juntamente con su resurrección al tercer día, habrá establecido una nueva alianza de Dios con su pueblo, un pacto con unos nuevos términos: el amor y la misericordia en el lugar de la ley y la condena. El Nuevo Testamento había comenzado. La comunidad de Jesús es revestida desde lo alto con la unción del Espíritu Santo. Es el nuevo pueblo de Dios, el pueblo de la Pascua, la Iglesia la continuadora del anuncio de Jesús, la enviada por él a llevar a toda persona de todo tiempo y de todo el mundo la buena noticia de la salvación; la que enseñará a vivir el estilo de Jesús en la esperanza de su venida gloriosa.

La Ascensión de Jesús no supone, en modo alguno, su ausencia de este mundo. Él sigue presente desde entonces en el Espíritu Santo y en la Eucaristía que él mismo instituyó con la comunidad de discípulos momentos antes de ser entregado.

Señor Jesús, te pedimos que nos ayudes a valorar la obra de la redención. Que los cristianos de hoy seamos, en verdad, la comunidad de la Pascua que tú quieres que sea. Que anunciemos tu buena noticia con las palabras y con los hechos de nuestra vida y que nunca nos falte el auxilio de tu Espíritu, e auxilio de tu Eucaristía. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

DÍA NOVENO:

JESÚS CONFÍA SU MISIÓN A LOS DISCÍPULOS. Mc 16, 15-20

[15]Y les dijo: ---Id por todo el mundo proclamando la Buena Noticia a toda la humanidad.[16]Quien crea y se bautice se salvará; quien no crea se condenará.[17]A los creyentes acompañarán estas señales: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas nuevas,[18]agarrarán serpientes; si beben algún veneno, no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se sanarán.[19]El Señor Jesús, después de hablar con ellos, fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios.[20]Ellos salieron a predicar por todas partes, y el Señor los asistía y confirmaba la Palabra con las señales que la acompañaban.

La Iglesia tiene una misión que realizar en el mundo, y no es otra que la propia misión de Jesús. "Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo" dice Jesús explícitamente en el evangelio de San Juan. "Id por todo el mundo proclamando la Buena Noticia a toda la humanidad", acabamos de leer, más específicamente, en el evangelio de San Marcos.

También, la Iglesia va a ser la comunidad de la Pascua. Aquella que ha recibido la enseñanza del Maestro; la que ha sido santificada y ungida con el Espíritu Santo; la que ha sido designada por el Resucitado como continuadora de su obra en el mundo.

La Iglesia no puede dejar de realizar aquello que el Señor le ha encargado. Si la Iglesia dejara de anunciar el evangelio, no sería la comunidad del Señor, no sería su presencia actual en el mundo, dejaría de ser ella misma porque habría perdido su esencia. Y es que la esencia de la Iglesia es formar una familia de hermanos en torno a Dios, nuestro Padre, que lleva a todos con su testimonio la buena noticia de Jesucristo y que muestra a los hombres, en cada momento de la historia, el amor con que Dios los ama. Por otra parte, la Iglesia no puede enseñar lo que le apetezca ni puede dar opiniones arbitrariamente sobre cualquier asunto. Se debe en todo a la enseñanza de la Palabra de Dios. Ella es depositaria de un contenido que no es suyo, sino que le ha sido dado, que procede de Dios mismo y que no puede cambiar ni para adaptarse a los tiempos y las modas ni para contentar a nadie. Es verdad que no todas los asuntos de

la actualidad están explícitamente recogidos en la Sagrada Escritura, pero la tarea de la Iglesia será interpretar esos asuntos a la luz de toda la Sagrada Escritura. Para eso también la Iglesia ha recibido autoridad por parte de Jesús. Cuando la Iglesia dice "no" a algún asunto de actualidad, lo hace porque lo juzga contrario a los valores que se desprenden de la Revelación divina. Cuando expresa una opinión favorable, lo hace porque juzga ese asunto acorde con lo que Dios nos ha revelado en el conjunto de la Revelación y de la Tradición de la Iglesia. Cuando ella misma reclama libertad de acción y aceptación de su misión en el mundo es porque, legítimamente, acepta las reglas del juego político democrático de nuestra sociedad, en la que ella misma, por su propia naturaleza, renuncia a cualquier aspiración a gobernar, pero se sabe portadora legítima de un mensaje que no puede silenciarse sin faltar a los derechos humanos más fundamentales aceptados por los organismos mundiales que representan a toda la humanidad civilizada que pretende salvaguardar los derechos de las personas por encima de cualesquiera otros de menor rango.

Señor Jesús, te pedimos que des acierto a tu Iglesia para que, en este momento de la historia y en estas circunstancias concretas de la situación mundial, hable como tú hablarías y actúe como tú actuarías. Dale también la libertad necesaria, especialmente donde se le está negando, para que pueda mostrar a todos los hombres la grandeza del amor con que nos amas. Tú, que vives y reinas, glorioso, por los siglos de los siglos. Amén.

DÍA DÉCIMO y ÚLTIMO:

PENTECOSTÉS: LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO. Act. 2, 1-11

[1]Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos reunidos.[2]De repente vino del cielo un ruido, como de viento huracanado, que llenó toda la casa donde se alojaban.[3]Aparecieron lenguas como de fuego, repartidas y posadas sobre cada uno de ellos.[4]Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, según el Espíritu les permitía expresarse.[5]Residían entonces en Jerusalén judíos piadosos, venidos de todos los países del mundo.[6]Al oírse el ruido, se reunió una multitud, y estaban asombrados porque cada uno oía a los apóstoles hablando en su propio idioma.[7]Fuera de sí por el asombro, comentaban: ---¿No son todos los que hablan galileos?[8]¿Pues cómo los oímos cada uno en nuestra lengua nativa?[9]Partos, medos y elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea y Capadocia, Ponto y Asia,[10]Frigia y Panfilia, Egipto y los distritos de Libia junto a Cirene, romanos residentes,[11]judíos y prosélitos, cretenses y árabes: todos los oímos contar, en nuestras lenguas, las maravillas de Dios.

Dios habla a cada cual en el lenguaje que entiende. Todos no tenemos la misma formación ni somos capaces de comprender lo mismo. Cada cual vive en cada momento circunstancias distintas de las que viven otros. A cada uno le preocupan unos asuntos y no a todos lo mismo. El Espíritu de Dios habla a la conciencia, al corazón de cada uno según lo necesita en cada momento. Es verdad que no en todos tiene efecto la acción del Espíritu. Es porque unos son receptivos y otros no. No todos están en disposición de escuchar. Además, aunque el Espíritu sopla a cada uno de los fieles, unos son dóciles a su acción y otros no lo son. Si Dios nos habla, ilumina cada momento de las personas según lo necesitan, es necesario que ellas sepan escuchar y que se dejen llevar por lo que el Espíritu les sugiere. De no ser así, uno sigue su propio rumbo de espaldas a la luz de Dios.

El Espíritu Santo es el gran regalo de la Pascua. No era un desconocido, pues ya el libro del Génesis nos lo presenta antes de la Creación. Posteriormente, habló por los profetas. En vida de Jesús se manifestó en el Jordán en el momento de su bautismo. Ahora, después de los acontecimientos pascuales, Jesús lo derrama sobre el nuevo pueblo de Dios, la comunidad de discípulos que ha recibido la misión de continuar con la tarea que el Padre encomendó a Jesús. Así, el Espíritu Santo es la nueva presencia

de Dios en el mundo, y, de modo especial, en su Iglesia. Jesús ha vuelto al Padre pero no nos ha dejado solos: nos ha dado el Espíritu Santo para que nos acompañe hasta el día de su venida gloriosa.

Este Espíritu de Dios ayudó a los discípulos a interpretar lo que aconteció en su vida, lo que él dijo e hizo, y a encontrar su sentido en los libros sagrados de la Antigua Alianza. El Espíritu Santo hizo vencer el miedo a los discípulos y las primeras comunidades, que vivieron escondidos en la clandestinidad durante los cuatro primeros siglos de nuestra era. Este mismo Espíritu, que -veíamos- abrió la boca de los apóstoles para predicar la Palabra de Jesús, ha dado valentía a los mártires de todos los tiempos para no temer las torturas y la muerte por seguir a Jesús, incluso hoy en los países donde los cristianos siguen perseguidos, reprimidos, esclavizados o asesinados.

El Espíritu de Dios dinamiza, fortalece y renueva la Iglesia. El Concilio Vaticano Segundo es buena prueba de ello. El trabajo diario de seglares, sacerdotes y obispos da fe de la presencia del Espíritu del Señor en su Iglesia.

Señor, te pedimos por todos los fieles cristianos y las personas de buena voluntad que hay en nuestro mundo y en nuestra sociedad. Que estemos abiertos a escuchar la voz del Espíritu Santo y seamos dóciles para hacer lo que él nos diga. Así mostraremos al mundo la belleza de Dios, la buena noticia de su amor por todos, y haremos un mundo más justo y en paz. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN FINAL PARA CADA DÍA

Santo Cristo de Santiago:

*Me gusta mirarte y contemplarte
muerto, sujeto al madero,
porque me haces ver en Ti
a Dios débil, a Dios humano.*

*Tu imagen muerta en la cruz
me ayudó de niño a desterrar de mi mente
la idea de un Dios tirano, del miedo y del terror,
la del Dios que castiga, la de Dios vengador.*

*Ver tu cabeza inclinada,
me enseña que tu poder se manifiesta en la debilidad.
Ver tus brazos abiertos,
me muestra que la vida no se guarda; se comparte y se da.*

*Contemplar tu muerte injusta
me enseña a rebelarme contra la injusticia.
Verte morir perdonando me enseña
que el perdón tiene más fuerza que una merecida venganza.*

*Viendo tu cuerpo en la cruz aprendo
cuál es el amor más grande,
y que amar es más comprometerse que hablar,
que el amor está más en el hacer que en el decir.*

*También me hace pensar
en la gran paciencia que tienes:
al fin y al cabo, en la cruz estás esperando
que descubramos todo esto y aprendamos de tu ejemplo.*

*Y una cosa más, en importancia primera,
evocas desde la cruz:
Que la Resurrección ya asoma
de la muerte hacia la luz.*

*Trono santo de tu gloria
es el árbol de la cruz;
estandarte que nos guía,
causa de nuestra salud. Amén.*

Juan Segura, pbro.